

¿...et tu, Boutros?

Miguel Marín Bosch¹

Primera de dos partes

25 de noviembre de 1996

Boutros Boutros-Gali ha decidido buscar un segundo mandato de cinco años como secretario general de la ONU. Su reelección se deberá llevar a cabo hacia finales de este mes de noviembre y en un principio hubiera sido casi automática: cada uno de sus antecesores inmediatos ocupó el cargo durante diez años y, hasta hace poco, nadie se había quejado de su gestión al frente de la ONU. Pero hace unos meses, el tema de su reelección se insertó en otra campaña política —la contienda electoral para la presidencia de Estados Unidos. Acabar entre las patas de políticos estadounidenses siempre es peligroso; en un año electoral podría ser mortal.

En busca de su propia reelección el pasado 5 de noviembre, el presidente Clinton recurrió a la táctica consagrada de convertirse en el abanderado de las posiciones de su contrincante. En el caso de la ONU, se trató de ver quién podía lanzar los ataques más virulentos en contra de la organización mundial. El Partido Demócrata ya le había arrebatado al Republicano varias banderas, incluyendo la de penalizar a terceros por comerciar con Cuba (ley Helms-Burton) o Irán y Libia. En plena campaña presidencial, los políticos estadounidenses suelen olvidarse del resto del mundo, incluyendo a sus aliados militares y socios comerciales más cercanos. Si con atacar a Cuba se cree que se pueden ganar votos, adelante, aunque signifique violar los principios comerciales que ellos mismos han pregonado.

En teoría la Asamblea General elige al Secretario General a propuesta del Consejo de Seguridad. En la práctica, el Consejo decide y sus cinco miembros permanentes llevan la voz cantante. Así ha ocurrido desde 1946 con excepción de 1950 cuando, ante la amenaza de un veto soviético en el Consejo, los Estados Unidos lograron que la Asamblea “prorrogara” el mandato de Trygve Lie sin esperar a que el Consejo se pronunciara. Parece más fácil echar a Boutros-Gali que deshacerse de Karadzic en Bosnia o del golpista Buyoya en Burundi. Basta con un veto en el Consejo. De los 281 vetos que se han registrado desde 1946, 43 han sido precisamente para impedir la elección de un secretario general.

En Estados Unidos siempre ha existido un sector de opinión pública contrario a la ONU. Pero atacar a la ONU sólo se puso de moda entre políticos a partir de los años 70, cuando Washington empezó a perder su hegemonía dentro de la ONU y por ende interés en sus trabajos. Se le consideraba como una institución cada vez más antiamericana. Luego siguieron los ataques feroces de la organización *Heritage Foundation* que, a su vez, alentada por los funcionarios del presidente Reagan, se convirtió en fuente de información (e inspiración) de muchos congresistas republicanos en Washington. Éstos son los que hoy más atacan a la ONU y a los que Clinton quiere neutralizar al atacar a Boutros-Gali.

¹ Cónsul General de México en Barcelona y autor de *Votos y vetos en la Asamblea General de las Naciones Unidas* (México, 1994). Sus opiniones no son necesariamente las de su gobierno.

¿Qué le critican al Secretario General? Nadie se queja de su habilidad diplomática o de su estilo discreto de gobernar. En el pasado, el propio presidente Clinton había elogiado reiteradamente, en sus frecuentes visitas a la sede de la ONU, la labor y la persona del secretario general. En junio, sin embargo, cambió de parecer al enterarse de que algunos congresistas republicanos iban a hacer de la ONU un tema de campaña electoral. Y la Casa Blanca decidió adelantárseles, largando duras críticas, diciendo que la ONU no estaba realizando con suficiente entusiasmo y celeridad las reformas administrativas (recortes presupuestarios y de personal) que Estados Unidos (y otros países) habían exigido y que Boutros-Gali no era la persona idónea para llevarlas a cabo. Boutros-Gali contestó que buscaría la reelección ya que cinco años eran pocos para terminar una tarea que se había complicado en gran parte por la falta de pago de Estados Unidos de su cuota (debe más de mil trescientos millones de dólares, el equivalente al presupuesto anual de la ONU). La Casa Blanca replicó que no apoyaría su reelección, que era un funcionario ineficiente, un mal administrador, demasiado viejo (tiene 73 años) y que, para colmo, estaba utilizando los fondos de la ONU para su campaña personal.

¿...et tu, Boutros?

Miguel Marín Bosch²

Segunda y última parte

26 de noviembre de 1996

En las Naciones Unidas, el tema del secretario general se inscribe dentro de un debate más amplio —la reforma de la organización— que muchos países han propiciado en la última década. Esas reformas van desde crear una fuerza militar de respuesta rápida hasta aumentar los miembros permanentes del Consejo de Seguridad y mejorar la administración presupuestaria. Para lograr esto último se creó el alto cargo de contralor, nombrándose a un amigo del presidente George Bush. Poco después de su llegada, Boutros Ghali designó a otro recomendado de la Casa Blanca, el señor Joseph E. Connor, quien, junto con otros altos funcionarios estadounidenses en la ONU, ha manifestado públicamente su desacuerdo con Washington.

Frente a esa andanada, ¿qué pudo hacer Boutros Ghali? Si se quedaba cruzado de brazos, seguro perdía la partida. Un portavoz de la ONU salió de inmediato al quite para defenderlo con la misma vehemencia que había sido atacado. Eso estuvo bien, pero había que hacer más. Y aquí las opciones eran pocas. Primero, pudo tratar de seguir movilizándolo a su grupo regional (África), como ya lo hizo en Camerún en junio, pero ahí corría el riesgo de dividirlo aún más. Muchos africanos no consideran a este egipcio copto como uno de los suyos. Segundo, pudo declarar la guerra a Estados Unidos, despidiendo a nacionales de ese país para recortar gastos y reducir así parte del déficit que Washington ha causado. O, tercero, pudo haber recurrido a la misma artimaña parlamentaria de 1950. Para ello, habría sido necesario obtener el apoyo decidido de una mayoría de los 185 miembros de la ONU, difícil de conseguir dada la fuerza de Estados Unidos en la ONU hoy, y la consecuente docilidad de otros países, grandes y pequeños. Pocos dirigentes de los países que sí creen en la ONU han alzado su voz en público para apoyar la reelección del secretario general. Esto es triste, pero cierto. Seguramente algunos han platicado con funcionarios estadounidenses sobre el tema. Más aún, no se trata de defender a Boutros Ghali; se trata de defender la dignidad de la ONU. Tanto el presidente Clinton como su secretario de Estado son muy razonables y saben escuchar. Y quizás, a pesar de la amenaza de veto, las cosas cambien ahora. Las campañas presidenciales en Estados Unidos suelen afectar hasta al más cuerdo.

¿Por qué echar a Boutros-Gali? ¿Será más eficaz su relevo? El problema no es el secretario general sino Estados Unidos. Ese país goza de los mayores privilegios en la ONU. Hace lo que quiere (o casi) en el Consejo de Seguridad, nacionales suyos ocupan puestos clave en la organización y la ciudad de Nueva York recibe de las misiones diplomáticas más de cinco veces el monto total de la cuota anual de Estados Unidos. Y, a pesar de ello, Washington no paga lo que debe.

² Cónsul General de México en Barcelona y autor de *Votos y vetos en la Asamblea General de las Naciones Unidas* (México, 1994). Sus opiniones no son necesariamente las de su gobierno.

Instalado en la cabina de pilotos del nuevo orden mundial, el presidente Clinton no tiene porqué recurrir a tales tácticas. Su reelección no depende de cuestiones de política exterior, y mucho menos del tema de la ONU y su secretario general.

El llamado futbol americano es muy violento, de muchos golpes, pero aún en ese juego rudo, el árbitro puede penalizar a un jugador por rudeza innecesaria.